

VI

Jurand, cuando se despertó tomó entre sus manos el cobertor de la cama, y se mostró asombrado de encontrarse en el lecho.

Kaleb le abrazó diciendo:

—Estás en Spichov, Jurand, entre tus amigos! Dios te ha concedido el favor inmenso de que unas personas caritativas te encontraran.

Y el sacerdote con voz conmovida le contó cuanto había ocurrido.

Tan grandes eran las tinieblas que durante unos días habían cubierto el espíritu del castellano de Spichov, tanto el dolor experimentado y tanta la angustia padecida, que durante unos momentos permaneció como alhelado, sin comprender lo que decía su amigo el capellán.

Este, le dijo que en la antecámara había varios fieles súbditos suyos, que al saber su llegada, se habían apresurado á venir al castillo para saludarle.

—¿Quieres que entren, Jurand?

El mudo, hizo un signo afirmativo y ardientes lágrimas brotaron de las cuencas vacías de sus ojos.

Momentos después, entraban aldeanos y guerreros; se

acercaron temblando al lecho donde yacía Jurand, y al contemplar sus facciones demacradas, sus brazos descarnados, las horrendas mutilaciones padecidas, prorrumpieron en gritos de lástima y venganza.

—A Tscitna!

—A Tscitna!

—Venganza! venganza!

—Muerte al castellano de Tscitna!

—Mueran los templarios!

—Destruyamos la Orden.

—Asémosles dentro de sus huroneras!

—Mueran, mueran!

—Hijos míos! interrumpió Kaleb, calmaos!

El herrero de Spichov, se acercó al lecho de Jurand y gritó:

—Como os han puesto pobre jefe mío! permitid que juntemos todas nuestras fuerzas, y que bajo el mando de Tolima demos el asalto á Tscitna.

—Sangre, sangre! repitieron todos.

—Venganza! venganza!

El herrero, hizo una señal y guerreros aldeanos y siervos, salieron silenciosamente, y se pusieron á conversar en el patio.

—¿Qué haremos pues?

—Vamos?

—No lo ha permitido.

—Deja la venganza á Dios. Su alma se ha purificado.

En el cuarto, solo habían quedado Tolima, Jaghenka y Anulia.

Jaghenka dijo:

—Dios os auxilie, caballero valeroso; nosotros somos los que os hemos traído aquí.

El rostro del mutilado se serenó.

Evidentemente se acordaba de lo ocurrido en el camino, y puso la mano sobre su corazón en acción de reconocimiento.

La joven, habló del encuentro, y luego de la marcha de Matzko para Tscitna.

Jurand al oír aquel nombre demostró gran inquietud pero Jaghenka le tranquilizó demostrándole que Matzko era muy precavido y avisado y que además llevaba una carta de Lichstentein, que debía servirle de salvoconducto.

Jurand, oía atento, comprendiéndose que de buena gana hubiera preguntado algo.

La muchacha añadió:

—Poco á poco os contaré cuanto ha ocurrido.

Jurand la bendijo. El desgraciado experimentaba gran consuelo oyendo las palabras afectuosas de la joven, y cuando no oraba, se entristecía si no estaba á su lado.

Jaghenka, no se hacía rogar nunca para ir á visitar al enfermo, porque era muy compasiva y amaba ya al pobre mutilado.

Habían transcurrido cinco días de la partida de Matzko, y nada se sabía de él.

Jaghenka inquieta, iba á enviar gente en su busca, cuando se oyó un toque de trompa que anunciaba la llegada de un guerrero.

Entraron en el patio Glava y uno de los siervos.

Jaghenka le preguntó:

—Dónde está Matzko?

—Ha marchado para unirse al príncipe Vitoldo y os ordena que permanezcáis en el castillo.

VII

Jaghenka aunque de mala gana, se conformó á quedarse en Spichov, y cuando el techeque estuvo descansado, la animó con frases afectuosas; Glava que apreciaba á su señora comprendía su deseo de tener noticias de Tscitna y la dijo cierto día:

—Tengo noticias por fin.

—De Zbishko?

—No; de Tscitna.

La joven le hizo seña de seguirla y cuando estuvieron lejos de la curiosidad de la servidumbre preguntó:

—Por qué Matzko nos ha dejado? Por qué debo permanecer en Spichov, por qué no ha vuelto ya?

—He vuelto porque esta fué la orden de Matzko.

—Qué habrá pasado? Quizá ha hallado á Danusia; quizá tiene malas noticias de Zbishko. Habla, habla presto.

El techeque estaba confuso por tantas preguntas.

—Paciencia señora, contestaré á todo pero poco á poco.

—Ea, empieza. ¿Han encontrado á Danusia?

—No, pero es positivo que ha estado en Tscitna y que ahora se halla encerrada en algún castillo de oriente.

—¿Qué debemos hacer en Spichov?

—Si la joven parece, nada.

Jaghenka se mordió los labios. El tcheque prosiguió:

—Creo que Danusia no escapará de manos de los templarios. Cuando llegamos á Tscitna, el capellán interrogó al verdugo que ha confesado...

—Pero si es mudo.

—Sí, pero se esplica bien por signos y el sacerdote le entiende como si hablara. El ha sido quien cortó la mano á Jurand, quien le arrancó la lengua, quien le abrasó los ojos; es un hombre capaz de toda ferocidad, con tal de que no se trate de una mujer; tenía una hija que adoraba y que los templarios...

Glava no acertaba con la frase adecuada á lo que quería expresar.

Jaghenka lo advirtió y repuso:

—Qué me importa de el verdugo?

—Tiene relación con lo que nos interesa. Cuando mi amo mató á Rotgher, el anciano Sigfrido se enfureció y vendió su alma al diablo para vengarse. El verdugo ha contado que hablaba con el muerto como yo con vos, y que el muerto, dentro de su ataud, enseñaba los dientes y lanzaba gritos de alegría (1) dentro del ataud, porque el conde le prometió la cabeza de Zbishko. Pero como este, estaba muy lejos, Sigfrido ordenó torturar á Jurand y puso su lengua en el ataud de Rotgher quien la devoró con gran apetito.

—Me horrorizo! exclamó Jaghenka santiguándose.

Glava añadió:

—Después de haber saciado al muerto con la carne humana, el conde, quiso sacrificarle también á la hija de Jurand, quizá porque también el muerto había pedido la sangre de un inocente; pero el verdugo se ocultó en la escalera de la torre y esperó á Sigfrido, quien al verle apare-

(1) Nos parece que no estaría muerto.—N. del T.

cer en la oscuridad, le tomó por el diablo, y sintió tal terror que cayó desmayado.

Al volver en sí, no se atrevió á matar á la hija de Jurand.

—Y la ha alejado?

—Sí, junto con el verdugo. El sacerdote terminó diciendo que Sigfrido, no matará á Danusia, que tiene en el verdugo un potente defensor.

—Y el capellán sabe dónde está la joven?

—No. Ha oído decir que en Ragneta que es un castillo de Littuania.

—Y Matzko qué dice?

—Que procurará hallar á Danusia y que es necesario decirselo á Zbishko á fin de que los templarios no hagan con ella lo que con Jurand.

—Sí, pero no apruebo lo que habéis decidido porque hubiéseis podido hacer que fuera yo más útil á Zbishko.

—En caso de que debiera marchar á Zgogelitz, querríais acompañarme?

—Sí.

El tcheque besó la mano á su ama y le dijo:

—Permaneced en el castillo, porque Dios protege á los huérfanos.

—Sí.

—Y si enfermárais?

—Pediré á Dios que salve á Zbishko y os conserve á todos la salud,

Diciendo esto rompió en llanto.

—Sois un ángel, murmuró el tcheque.

—Jaghenka fué al cuarto de Jurand que estaba en compañía de Kaleb, Anulia, Tolima y una loba domada.

Un siervo cantaba los combates de Jurand acompañándose con su laud.

Jaghenka, al entrar, exclamó:

—Bendito sea el nombre de Jesús.

—Amén.

Jurand, que estaba sentado en un banco, inclinó la cabeza como saludando.

—Ha llegado Glava y dice que Matzko ha marchado á combatir junto á Vitoldo.

Después relató cuanto le dijera Glava, sin ocultar que Matzko esperaba encontrar á Danusia para conducirla á Spichov y que le encargaba que ella permaneciera en el castillo.

Su voz era triste y de cuando en cuando la cortaba un golpe de tos.

—Oís? dijo Kaleb.

Jurand indicó que sí. Era que el ruiseñor cantaba.

Un rayo de luna, penetrando por la ventana, parecía un espíritu divino que tomara forma para consolar á los mortales de su desgracia.

Jaghenka, conmovida por su dolor y por el desdichado Jurand, le estrechó cariñosamente la mano, anegada en lágrimas y dijo:

—Soy una pobre huérfana, Jaghenka de Zgogelitz que no se apartará de vos hasta que parezca Danusia.

Jurand la estrechó contra su pecho y ella añadió:

—Los alemanes han matado á mi padre y vos tal vez hayáis perdido por ellos á vuestra hija. Sin embargo espero que la hallaréis porque Dios es bueno y misericordioso.

—Bendito sea Jesús!

Kaleb que estaba conmovido es quien profirió esa exclamación.

La loba, que estaba acurrucada bajo el banco de Jurand, lanzó un aullido lastimero, como comprendiendo la solemnidad del momento.

SEPTIMA PARTE

I

Glava sentía por Jaghenka un amoroso respeto, y por Anulia gran simpatía, pero en el fondo de su alma dominaba el ardor guerrero.

Cuando volvió á Spichov por orden de Matzko, se congratulaba de ser el protector de las dos muchachas, mas, cuando le dijo Jaghenka que su presencia en Spichov no era necesaria y que debía reunirse á Zbishko, el tcheque no ocultó su alegría.

Pensaba que Matzko no era su verdadero amo, y que la voluntad de su señora debía anteponerse á la de aquél.

Además, Jaghenka, que conocía el valor de Glava, decidióle á partir.

En menos de una hora se preparó para el viaje, y arrodillándose ante su ama, dijo:

—Permitid que me despida.

—¿Marchas hoy?

—Mañana al amanecer, porque Shmut está muy lejos.

—¿Podrás reunirme á Matzko?